

V.

SONABAN las 10 de la noche cuando el simón se detenía en la casa de Hipólito; por lo que el ferrado y arcaico zaguán estaba cerrado ya, circunstancia que no desagradó al pianista, pues le ahorra la curiosidad de los vecinos, que, seguramente, éxcitábase muchísimo si lo viesan entrar á su domicilio acompañado de una mujer.

En cambio, el teatro de Arbeu, frente por frente del inmueble, ostentaba encendidas todas sus baterías de luces; abiertas sus puertas, y por éstas saliendo á la calle los concurrentes á disfrutar del entreacto. Las luces se estiraban hasta la pared frontera, arrancando de los balcones destellos que simulaban interior iluminación en los edificios alumbrados. Oíanse murmullos y risas; mirábanse flamas de fósforos que duraban un instante y cigarros encendidos cuyos fuegos revoloteaban en limitado radio, siguiendo los ademanes que les imprimían los fumadores agrupados. Al borde de la acera opuesta al teatro, veíanse, en fila, mesitas atestadas de panes con sardinas, de bizcochos y dulces, todas con idéntico alumbrado: una vela de sebo, con una pantalla de papel para que el viento no

las apagara, y todas con los propietarios tras ellas, evitando que los granujas revendedores de billetes y contraseñas, —emperadores del arroyo!— no les birlasen algún comestible. A entrambos lados de las puertas del teatro, hileras de carruajes estacionados, desiertos varios pescantes porque sus cocheros conversaban en corrillo, apagados diversos faroles por economía, dormitando algunos caballos, con el pescuezo muy tendido y la cabeza muy gacha descansando en la lanza y en los cejaderos, ó aproximándose al empedrado más y más á cada respiración, como si con ésta marcaran el nivel de su sueño.

De un salto de jímio, Genaro se hajo del pescante, abrió la portezuela y pidió órdenes:

—¿He de ir á buscar cena?...

Primero, liquidóse el coche, con respectiva propina; luego, abrió Hipólito el zaguán con una llavaza que de su pantalón extrajo, y, Genaro adelante, para no desamparar á su amo que tampoco desamparaba á Santa, Genaro resultó guiando á los dos por el patio enlosado; la enorme casa, á obscuras y en silencio, salvo, abajo, una que otra claridad que asomaba medrosa y pálida por las hendiduras de las puertas cerradas de los cuartos, y, arriba, una que otra vidriera de ventana ó puerta,—con cortinas de ganchó,—tras las que se adivinaban quinqués por apagar dentro de las viviendas. Como ruidos, el chorro de la fuente del patio, blando y monoritmico; y de aquí, y de allí, llanto de niños inquietos y canturreos maternales, arrullándolos. En un rincón del patio, sujeta á dos paredes, una cuerda colgada de ropa recién lavada que se

oreaba, y aún mecía, dando á camisas y calzones, de mangas abiertas y espatarrados, fatídico aspecto de mutilados que ahí se pudrieran ó de blancos espectros á punto de remontarse y desvanecerse.

La vivienda de Hipólito formaba en los altos, y á ella subieron quietamente, Genaro exceptuado, que, conocedor del terreno, anunciaba peligros.

—Cuidado! ese es el caño... No se coja Ud. del pasamano, niña Santa, porque le falta un pedazo!... Ahora, de uno en uno! porque el corredor tiene un boquete más ancho que yo... ¡Ya llegamos!

Santa, que tanto tiempo llevaba de no contemplar sino las peores lobregueces, no pudo menos que calumniar la casa. Apoyada en el barandal del corredor, mientras Hipólito bregaba emocionado por meter una segunda llave en la cerradura de su habitación, murmuró:

—¡Qué bonita es esta casa, Hipo, qué grande!

Reduciase la morada del pianista, á una azotehuela destechada que hacía veces de recibidor á la intemperie; en seguida, tres piezas: una de medianas dimensiones, de cielo raso agujereado y manchado por las goteras, con papel de tapiz sucio y desgarrado; otra, muy oscura, en la que dormían Genaro y "El Tiburón",—un palomo llegado de donde nunca se supo, por los aires, y domesticado al extremo de atender por su nombre, escoltar á los inquilinos lo mismo que un perro, comer posado en un hombro del músico ó en la boca de Genaro, alegrando á los moradores con su currucuquear, y viniendo á ser la nota única presentable de la desmantelada casucha,

con el arrastrar de su cola abanicada por los pisos y su volar confianzudo por las estancias. Al final, la cocina, con un brasero de poyo que se desmoronaba por desuso; una alacena poblada de ratones y arañas y tierra y polvo y humedades. Figuraba en el cuarto de Genaro, una amplia cama de la fábrica del lazarillo: cajas de vino vacías y agrupadas, en las junturas paja, encima un petate, desteñidos retazos de ancianas alfombras y un cobertor heredado de Hipólito... el muchacho dormía tan ricamente! El cuarto del patrón sí que abundaba en muebles, desde mullido catre de á cinco pesos, con colchón de resorte y colchón de lana, sábanas, almohadas y colcha, hasta tocador de la calle de la Canoa, con espejo que de nada servía á Hipólito. Había de todo: mesa de noche y mesa para comer, un sofá de cerda, ropero de llave, cuatro sillas y no más platos, cubiertos y vasos de distintos precios y matices. Una lámpara sin bombillas, que proporcionaba menguada luz si la encendían, y una vela esteárica, de las de á medio real, que se consumía encajada en palmatoria de hojalata, recubierta de capas de estearina petrificada que las velas anteriores habían ido acumulando con su indigente arder y su pródigo chorrear.

Optaron por prender la vela de preferencia á la lámpara, y al comprender Hipólito que ya se veía dentro de su casa, quitóse el sombrero, cogió ambas manos de Santa, y, besándoselas, solemne, exclamó:

—Mira qué poco puedo ofrecerte, Santa, pero todo tuyo, todo, hasta nosotros que somos tus criados! Aquí se hará lo que tú mandes, aquí te

aliviarás y nadie en el mundo, digo, mientras tú quieras, nadie vendrá á importunarte ¿estás contenta?...

Echóse Santa en brazos de Hipólito, cegada por la llama de aquel amor que, lejos de extinguirse, trazas llevaba de perdurar hasta la muerte de quien lo nutría ó de quien lo inspiraba; quizás hasta después, más allá de la muerte y del olvido.

—¿De verdad tanto me quieres, Hipo?—preguntó Santa, dudosa de que no obstante su primitivo desvío hacía Hipólito y de que ahora, que despreciable físicamente, enferma y sin encantos la repudiaban todos, hubiese alguien que en quererla persistiese con esa idolatría infinita de mar sin orillas.—¿No será,—continuó quedo,—que por no poder verme te has figurado que soy distinta de cómo soy?... ¿no sabes,—continuó casi con un soplo,—que mi belleza se me ha ido? ¿no te lo dije ya? ¿no te dije que nadie ya me busca, que doy ascos, que no sirvo ni para satisfacer á los más ordinarios, los “pelados” de las calles y los vagabundos de los caminos?... ¿no te doy ascos á tí? ¿no es una limosna la que me brindas por lo que me reste de vida, que bien corto ha de ser?...

Hubo una pausa imponente, larga. Desasióse el músico de los brazos de Santa, delicadamente; envió á Genaro en busca de cena, y caminando en la estancia cual si no fuera ciego, con aplomo increíble, llegado donde Santa, pronunció:

—¡¡Oye!!

Hubo una nueva pausa. Parecía que Hipólito mirara el suelo, según lo doblado de su cabeza.

En realidad, mirábase por adentro; miraba atrás, á lo sufrido en tiempos pasados, al páramo desolado en que siempre latiera su corazón. Y luego, rompió á hablar:

—Yo mismo no sé cuánto te quiero ¡hay cosas que no se saben!... pero, calcúlate que me hacían pedacitos, muchos, muchos ¿me comprendes?... cada pedazo del tamaño del ojo de una aguja, y que muchos hombres, muchos, fueran tirándolos por el mundo entero, á puñados, acá un puñado, otro en China que dicen que está lejísimo, y así todos, á leguas y leguas unos de otros, separados por montes, por ríos, por todo lo creado... pues si tú, en medio de un desierto, mil veces más enferma y más pobre y más despreciada y más fea ¡vaya, que asustaras á las fieras! si tú un día me llamabas como me has llamado hoy, si como hoy me juraras que me quieres, lo mismo que, vivo, volé á tu lado y á tu lado me tienes y á tu lado me tendrás hasta que nos muramos, lo mismo mis pedazos se juntaran solos, por un milagro muy grande, y juntos, quiero decir, yo rehecho, habría ido hasta tí á bendecirte y adorarte como en este momento te adoro y te bendigo...

—¡Si, Hipo, si te quiero, te juro que si te quiero!—le dijo Santa, al fin cautivada y de veras queriéndolo.—¡Crémelo, dime que lo crees!

—Tú no sabes,—siguió Hipólito rechazándola, sin contestarle si creía ó no creía en su juramento, completamente alucinado,—tú no sabes lo que es vivir sin amor toda una vida... Dios te libró de saberlo ¡ríndele gracias! A tí, al contrario, amores te sobraron, los has deshojado al principio, pisoteado después, y al principio y

después te has reído de ellos, igual á las criaturas que se ríen de los juguetes que rompen y de las flores que destrozan porque no les importan ¡hay muchas jugueterías y muchas flores en el mundo!... Tú has sido una feliz, pues se me figura á mi que ni con parar en lo que paraste te manchaste por dentro... apuesto á que en el fondo eres buena ¿verdad que sí? Me lo revela el que hayas acabado por quererme y por venirte conmigo! que fuera de mi madre y de ti, no me ha querido nadie... ¿Qué es tu fealdad si á la mía la comparas? ¿qué es tu miseria y qué el mal que te aqueja?... Yo te aseguro que también soy bueno, sí, no seré un santo, pero bueno si soy... la prueba, que nunca he maldecido de Dios y con más conformidad que desesperación he venido caminando á tientas por esta noche interminable en que me hallo sumido!...

El ciego, al decir esto, habíase incorporado, y la luz de la vela le dió de lleno en su rostro comido de viruelas, en sus horribles ojos sin iris, que, por inmóviles, parecían mirar las tristezas que brotaban de sus labios protestantes, el acumulado dolor que enumeraba, el desconsuelo de su existencia yerma de amores. Muy impresionada, veíalo Santa, sin reparar ya en la fealdad de su adorador último, antes descubriendo en ese propio rostro infamado con la triple marca de la viruela, del padecer y de la miseria moral y material, en esos ojos blanquizcos de estátua de bronce sin pátina, una hermosura extraña, un atractivo de persona martirizada que ha apurado hasta las heces, solitario y mudo, el cáliz amarguísimo de todas las desgracias.

Una onda formidable de piedad la acercó á Hipólito, la prosternó á sus plantas, abrazada á sus rodillas. En el mismo instante, acatando la costumbre, el palomo vino volando desde las piezas oscuras á posarse en el hombro de su amo.

Y á la débil flama de la vela, que zozobraba en el nimbo de las sombras del cuarto, destacábase el grupo, simbolizando el ciego con aquella paloma en su hombro y con aquella mujer á sus pies, una escultura trágica del irremediable y eterno sufrimiento humano, abandonada en una de las tantas encrucijadas de la vida, maltrecha por las inclemencias de los tiempos pero siempre erguida, sin nunca desmoronarse, yendo á parar en ella el amor en sus formas únicas de terrenal y alado.

Presentóse Genaro con la cena y con su vivacidad de avispa. Sin previa venia encendió la lámpara, abrió la ventana para que se les metiera un poco de estrellas, aderezó la mesa, y batiendo palmas, hizo que Santa é Hipólito se acomodaran. Los sirvió con diligencia de consumado camarero profesional; desmenuzó migas para "El Tiburón", que con cuello y cola contoneábase por entre platos y vasos; y á la hora de destapar la modesta cerveza, que para embravecerla había estado agitando, procuró que el taponazo causara estruendo, derramó la espuma y anunció cómicamente:

—Champaña de á diez locos! de la casa de doña Elvira en que hemos trabajado todos!...

Se manifestaba tan contento del hallazgo y secuestro de Santa como el pianista su amo, quien cenó distraído, vuelta su cara á la muchacha,

cual si pudiera mirarla. Y era lo que sorprendía á Santa ¿por qué si ella volviase á contemplarlo él ejecutaba maniobra análoga? No concluyó aquí lo extraordinario: después de la cena, como si la leyese los pensamientos, Hipólito pidió la botella del catalán y con grande discreción dijo á Santa, que se moría por catar aguardiente:

—Bebe una copita de esto, que yo lo acostumbro encima de mis comidas y no estaría bien que me consintieras beber solo.— Y con raro tino, sin verter gota, le sirvió en un vaso grande el tanto de dos ó tres copas pequeñas.

Por no mortificarla con su presencia, se levantó y llamó á Genaro á la azotehuela, donde con él sostuvo animado parlamento del que Santa pescó un trozo que otro:

—Muy temprano, Genaro... muy temprano, á las 7 siquiera...

Santa se apresuró á despachar su ración de catalán, porque sus dolores se anunciaban y necesitaba reposo. Sin quejarse todavía demasiado, vió sonriendo los postrimeros aprestos de Genaro; el cuidado con que guardó trastos, apartando para sí los mejorcitos restos de la cena; el cariño con que puso en el suelo á "El Tiburón", que no se oponía á los manoseos del granuja; y el chiste con que se retiró tocando "rancho", con una mano en la boca á guisa de trompeta, su plato de cena en alto, y "El Tiburón" tras él á paso veloz, oscilante la cabecita como un péndulo erecto, inflando y desinflando el buche al compás de sus coquetos andares. Llegado Genaro á sus dominios, llamó la atención de Santa el escuchar que sostuviera una tendida charla.

—¿Con quién habla Genaro?—le preguntó á Hipólito.

—Con "El Tiburón" y con sus ratones y sus arañas de la alacena,—le explicó el músico, habituado á las prácticas de su lazarillo,—está poniéndoles de cenar.

De ahí á poco nadie habló; sin duda Genaro dormía y sus animales también. Santa hacía poderíos por vencer sus dolores, que volvían á atornacearla y retorcerla, bajo las sábanas. Mordía éstas, á fin de que sus quejidos nacieran muertos é Hipólito no los advirtiese, y con todas las veras de su alma anhelaba honradamente que aquellos, cuando menos, no la laceraran tan duro; que le otorgasen breve tregua, aunque luego la atormentaran peor. Pero que pudiera entregarse á Hipólito, tornarlo dichoso alguna vez; que pudiera ofrendarle su cuerpo, inútil ya y nada codiciable, á quien por él se perecía, á quien merecía más ¡oh, mucho más! que los mil y mil que se lo habían estropeado con sus caricias torpes y sus despóticas lujurias asquerosas... Y conforme Hipólito, desnudándose muy despacio, con la exagerada parsimonia del que intenta prolongarse halagüeñas ideas y situaciones de cuya realidad se duda, preparábase á palpar y saborear el ideal de su vida,—á punto de convertirse en hecho positivo,—los dolores se le adelantaban é invadían el entero cuerpo de Santa, cual áspides y víboras se le enroscaban en nervios y músculos, y á semejanza de dragones de leyenda ó de colosos endriagos heráldicos se le amontonaban y redoblaban sus desgarramientos, zarpazos y mordeduras, donde menos debieran redoblarlos...

Mordía Santa mayor cantidad de ropas, padeciendo lo indecible con lo que sentía y con la convicción de que no podría ¡materialmente no podría! premiar el amor inmenso del ciego, que se aproximaba ya á la cama lo propio que si á un templo se aproximara, recogido, suplicante, tendidos entrambos brazos para anticipar, desde con la punta de las uñas, la soñada posesión de la mujer idolatrada y por tantas ocasiones en la apariencia perdida para siempre.

No supieron sus ojos ciegos que la vela, consumida, boqueaba en la palmatoria; pero si su instinto le gritó que triunfaba, que diera un paso más, el definitivo que de la dicha nos separa, y se proclamase señor y dueño de Santa. Aún se retuvo, tímido cual recién casado, y metióse en la cama... mas al experimentar el calor tibio y el contacto múltiple, estalló el volcán que alimentaba por dentro, y con estridentes fragmentos de risas roncadas, con entrecortado y tierno murmurio, apenas oíble, de palabras truncas que á borbotes le salían, cayó sobre Santa, que, á pesar de la adoptada resolución de sacrificarse, de morir á ser preciso con tal de que Hipólito gozara, fué tan espantoso su dolor, que se encabritó como se encabritan las vírgenes en los sagrados y secretos combates nupciales, y en llanto y en sudor bañada, repelió la embestida:

—No puedo, Hipo, no puedo... ¡mejor má-tame!...

Por natural efecto del mismo amor inconmensurable en que el ciego se consumía, sucedió entonces el mayor de los portentos: Hipólito, por heroico esfuerzo de la voluntad, domeñó el des-

bocado potro de su deseo, y besando á Santa en la frente, sereno y tranquilo en un segundo, él, fué él quien presentó excusas que resultaban grandes de puro desgarradoras:

—Tienes razón, mi Santa, estás enferma y yo lo olvidé; perdóname y duerme ¡pobrecita! me basta con tenerte aquí... si, acostada en mi brazo... así, Santa, así... ¡descansa y duerme!

Indudablemente fué aquella noche la más casta que nunca tuvo Santa; purificada por el dolor, que no le daba punto de sosiego, y saturada por el amor de Hipólito, que ni se movía, para ver de proporcionarle la quietud que á una demandaban el cuerpo enfermo y el espíritu no muy sano de la muchacha.

Ni uno ni otro dormían y los dos lo simulaban con su inmovilidad y sus ojos cerrados. De tiempo en tiempo, á ella estremecíala el dolor y á él el deseo; y resistían calladamente al deseo y al dolor; persistían en la inmovilidad y en el mutismo. Los pensamientos de Santa, en premio al tanto sufrir pasado, prometíanle la era de dicha que todos perseguimos y de la que todos habemos menester; los pensamientos de Hipólito, en premio al tanto esperar resignado, prometíanle la propia era de dicha que Santa columbraba: el día ofrecido había llegado.

Así sentíanse bien, juntos, cubiertos por la misma sábana humilde y rota como ellos; participándose su calor mútuo; seguros el uno del otro; unidos en lazo indisoluble por su desventura común y su común miseria. Necesariamente, sus pensamientos subían,—cada cual por su lado, é ignorantes de que remontaban una sola ruta,—

á un único paradero, dispensador misterioso de las conjunciones como la suya. Sus pensamientos subían á dar gracias, recordando por el camino que habian sido olvidadizos, que eran culpables; que Santa pudo perecer en el ergástulo de que acababa de libertarla, y que Hipólito, sin luz en sus ojos ciegos ni luz en su alma enamorada, habria perecido en cualquier rincón, desesperado y precito. De fijo los perdonaban, supuestos que les consentían amarse. Las ternuras de que se sabían dueños y que se juraban no escatimarse, curábanlos de lo sufrido, borrábanles desesperaciones y apagábanles los odios almacenados, los limpiaban de rencores, enconos y maldades. Por el amor volvían á Dios! Y sus pensamientos continuaban subiendo, blancos como armiños, arrodillados como comulgantes, bendiciendo como desgraciados, seguros de que los perdonarian porque ya ellos habían perdonado. Y el dolor de Santa se amortiguaba, transmutábase en llevadero; y el deseo de Hipólito disminuía, transmutábase en deleite quimérico y dulcísimo... Muy poco á poco fueron moviéndose, moviéndose, hasta que sus cuerpos se tocaron sin malas tentaciones ni torcidos apetitos, en inmensa promesa pura de pertenecerse cuando pudieran. Y se oyó entonces que "El Tiburón" aleteaba, pero ellos creyeron nó que fuese una paloma, sino el cariñoso Angel de la Guarda de su infancia, que con ellos se reconciliaba viniendo de muy lejos enviado; que satisfecho de verlos, plegaba las inmaculadas alas, y á falta de madre, de salud, de riqueza y de dicha ¡dolido de ellos! les velaba el solo sueño que debe velar,

el sueño casto en que al fin cayeron la pobre prostituta y el pobre ciego...

Gracias á este sueño, inteligentemente llevó á cabo Genaro el mandado de la víspera. Antes de las 7, de puntillas se huyó con llave y todo, para que no algún intruso tuviese la ocurrencia de ir y despertar á sus amos. Del exceso de júbilo, hizo gritar al loro de la portera y á la portera inclusive, que por la travesura, lo regaló con una carretada de denuestos. En sus interiores, eran enemigos personales ella y él.

En menos de una hora, precediendo á un cargador que conducía un gran canasto tapado que mucho intrigó á las comadres y desarrapados pipiolos del patio, regresó Genaro, conduciendo á su turno, en un cesto, los desayunos que humeaban lo mismito que locomotoras que por combustible gastaran café. En la azotehuela de la vivienda licenció al cargador, luego de volcado en el enjuto lavadero el contenido del gran canasto, contenido que resultó ser un cargamento de flores fresquísimas, con todos los perfumes y con todos los colores. Un capricho de Hipólito, que como nunca veía nada, no encontró obsequio más á propósito para Santa que cubrirle de flores su mezuquina casita, el dormitorio principalmente.

—"Que al abrir sus ojos, Genarillo, vea muchas flores, muchas, y después que me vea á mí... puede que le parezca yo menos feo..."

Los ahogos que pasó Genaro porque no se despertaran! Sus ágiles pies desnudos corrían de aquí para allí, con rumores apenas perceptibles; á efecto de que "El Tiburón" no currucueara ó

no volase, lo encarceló en su cuarto, y él púsose á decorar azotehuela y dormitorio sin orden ni concierto, á impulsos de su fantasía desordenada y turbulenta. El caso es que la habitación quedó quizás mejor que si un floricultor de oficio la hubiera engalanado; recreaba la vista y halagaba el olfato; tenía algo de jardín y algo de iglesia, bastante de fiesta y bastante de campo. Cerca de las 9 dió la mano última á su labor, suelta á "El Tiburón" y sol á la estancia, abriendo la ventana de par en par. El café, servido en la mesa enflorada, entibiábase dentro de las tazas.

Santa despertó la primera, y en la grata somnolencia que sigue al sueño, probablemente se imaginó que aún se hallaba dormida; porque aspiró el aire á plenos pulmones, con hondo suspiro de satisfacción, medio vió las flores y volvió á cerrar los ojos sonriendo al espectáculo inesperado.

Genaro les lanzó "El Tiburón", que fué á parar á las mismísimas almohadas é hizo la "rueda"; y golpeando en la puerta del cuarto les anunció á gritos el desayuno.

—Ya traje el café con leche!

También Hipólito abrió sus párpados, y calculando que la batahola la producía el éxito de las flores, para no malograrlo, para que sus horribles ojos blanquizcos no echasen á perder las cosas, los cerró de nuevo; y aunque notó que se enderezaba Santa, jamás se sospechó para qué cómo sospechar delicias de esa índole!... Santa se enderezó, y sin el menor asomo de repugnancia ó de asco, aprisionó á Hipólito entre sus brazos

desnudos; conmovida y llorosa, le besó sus ojos ciegos,—los sentenciados á no verla nunca,—los que se abrieron desconsolados, exageradamente, pugnando por ver ¡un segundo siquiera, Señor!... Las lágrimas de Santa, sobre ellos suspendida, los penetraron gota á gota y en el acto se reabsorvieron en aquella superficie seca; como se reabsorve la lluvia en los terrenos sedientos, áridos é infecundos que no han probado el agua.

Inauguróse una existencia de ensueño; no vivían, nó, ni el uno ni el otro, resucitaban! En medio á los dolores tremendos que no desamparaban á Santa, hiciéronse calle todos sus instintos femeninos. Hipólito no necesitaba ver para reputarse feliz, y Genaro, brincaba y saltaba lo mismo que un cordero. Volóseles el día dibujando planes y esbozando proyectos: Santa guisaría, cosería y barrería, pues se pintaba sola para tales faenas; Genaro haría mandados y otras diligencias callejeras, é Hipólito trabajaría por las noches en la casa de Elvira, según uso y costumbre.

Hipólito aprobaba, con incondicional aquiescencia beata de bienaventurado, pillando de tiempo en vez un brazo de Santa, su cintura, su vestido, que besaba con glotonería de can hambreado que hurta carne exquisita.

Por lo pronto, Santa y Genaro, so pretexto de asear la casa, levantaron densa polvareda que los obligaba á llorar, toser y reir. Después, Santa guisó en el brasero de poyo que por desuso se desmoronaba, platos más aplaudidos que comidos, pues Santa, á pesar de sus preconizadas